

El hombre que rige los destinos de Hellín

Hablando con D. Juan Martínez Parras

Fue tan grande la metamorfosis sufrida por la nación, al venir el cambio político, que nos hizo sentir un día el deseo de tocar de cerca sus resultados, y nos decidió a recorrer los pueblos, para al mismo tiempo que hacíamos un estudio de su vida, arte, industria etc., poder contemplar los efectos del citado cambio, en donde los resultados tenían que ser más mas patentes, en la administración municipal.

Seguendo esta norma llegamos un día a Hellín y fue una de nuestras primeras visitas, la que hicieramos, a don Juan Martínez Parras, hombre de acrisolado y sólido prestigio de aquella ciudad y alcalde de la misma.

Nos abrió la puerta una guapa moza, que previo el oportuno anuncio nos condujo al saloncito íntimo y confortable, amueblado con buen gusto, donde el señor Parras nos recibió cordial y con su sencillez habitual; don Juan no estaba solo, con él encontramos a su distinguida esposa, digna compañera que comparte con el hombre activo, sus luchas, sus esperanzas y sus triunfos.

Es don Juan alto, joven, dotado de una simpatía comunicativa, así como su optimismo, de una rápida y clara comprensión y... empezamos nuestra charla!

—Cuénteme primero como y cuando vino a la Alcaldía?

—Tomé posesión el 1.º de Febrero, días antes estando enfermo en cama vino a visitarme una comisión, para comunicarme el nombramiento hecho por los compañeros y fuervas vivas de aquí, no tuve más remedio que aceptar, yo soy valenciano de nacimiento, pero de tal manera se ligó mi vida a este pueblo y tan compenetrado estoy ya con él, en los muchos años que aquí llevo, que ya soy casi únicamente de Hellín.

—¿Como encontró el Ayuntamiento?

Había muchos asuntos por resolver, era uno de ellos el cúmulo de pequeñas deudas, que unido a la carencia de fondos, parecía la maldición del gitano, dificultando la gestión municipal hasta el extremo de decirme todos a los que acudía con alguna demanda: «Para Vd. sí, para el Ayuntamiento, lo siento mucho». A costa de sacrificios y de trabajo logré formalizar las deudas y conseguir una transferencia de créditos de algunos capítulos y de ese modo pagar a los numerosos acreedores, poniendo así a cubierto la gestión de otros alcaldes *buenos amigos míos*—.

—¿Pertenece Vd. a la política anterior?

—Milité en tiempos en ella, pero ahora hacía mucho que estaba alejado de estas cuestiones.

—¿Hay muchos proyectos?

—Tenemos varios. Se anima y habla con entusiasmo.

—Uno es el del Grupo Escolar, no quiero atender a esas mil cosas pequeñas para evitar se repita la precesión en demanda de dinero, que ahora fueron 45.000 pesetas lo que tuvimos que saldar y me costó trabajo y luchar mucho para devolver al Ayuntamiento su prestigio y su crédito.

—¿Le ayudan sus compañeros?

—Estoy contentísimo de todos ellos.

—¿Hay algún otro asunto importante?

—Si señor, el de los montes. Este es un problema de importancia capitalísima, parecía difícil empresa el resolverlo, por ser la Ley que regía el aprovechamiento, únicamente bajo el punto de vista maderable y como lo pinos crecen en esta región con demasiada lentitud y su madera solamente es aprovechable para cajas y carbones, perjudica a la verdadera riqueza de nuestro suelo la atocha, madre del esparto.

—¿Han hecho gestiones en ese sentido?

—Tan difícil viera la solución de este asunto, que dudando, acudí en suplica al presidente del Directorio para que dictaminara y nombrase una comisión de ingenieros que estudiase sobre nuestros montes la limpia y cultivo que los particulares damos a los nuestros propios en los que se consiguen rentas cuantiosas, pues antes solo daban un uno por ciento de interés. Vino la comisión en hora feliz para esta Ciudad y emití un dictamen completamente favorable, que ha dado por resultado una R. O. permitiendo la parcelación de estos montes por subastas a largo plazo, en las que pueden tomar parte hasta los más modestos obreros y destinarlos al cultivo del esparto base de nuestra riqueza en general.

—Estará muy contento?

—Estoy satisfechísimo, por haber resuelto este problema que tanto beneficia al pueblo y en el que estaba interesado el Ayuntamiento, por ser su deber.

—¿No me ha dicho en qué estado se halla lo del Grupo Escolar?

—¡Es verdad! Sobre esto publiqué unas memorias siendo concejal.

—Sí, la conozco, y es digna de Vd. por la claridad en la exposición y lo bien planeado del estudio que en ella hace del tema.

—¡Hombre, por Dios!

No es una vana galantería. La *Memoria* de D. Juan Martínez Parras, que editada por «La Regional», es conocida por muchos, y a su testimonio apelamos en prueba de la sinceridad que mueve la pluma, no obstante para dar una idea de la imperiosa necesidad de esta mejora, y de lo razonado y concienzudo de su estudio, copiamos el siguiente

párrafo: «De esta detallada y fidedigna exposición del problema de enseñanza en este pueblo, y de difícil solución por su número reducido de escuelas montadas, y la gran cantidad que faltan establecerse, se determina bien claramente que el número de las construídas son ocho, en población de 14.000 habitantes, y en donde hay un censo escolar de 2.500 niños, sólo reciben la enseñanza 596, quedando abandonados, sin amparo y sin recibir ninguna instrucción, la cifra inconsolable de 1.904, que para vergüenza nuestra, arroja esta cantidad más de un 75 por 100 de analfabetos y de niños que están expuestos y aprendiendo desde la infancia, obligados por este género de vida y el abandono y libertad en que se desenvuelven toda clase de vicios y defectos que ya no se corrigen nunca, y si se hacen crónicos, para ser el escarnio de los autores de sus días y el desprecio de sus compatriotas». En otra memoria más reciente expone la necesidad imperiosa de la Casa-Cuartel, Avenida Estación, Carcel, Casa-Ayuntamiento, Matadero, Hospital, etc., estudiados con el mismo cariño y acierto. Reanudamos la conversación.

—Siga que me interesa ese asunto.

—El presupuesto que asciende a 212.000 pesetas está aprobado por el Directorio, pero al Ayuntamiento sólo le costará 30.000; es un asunto que lo tomé con verdadero cariño, es mi gran ilusión, para resolverlo me ha costado mas de quince viajes a Madrid y he regalado el solar.

Hacemos una pausa en la que pensamos en el amor que siente por Hellín D. Juan Martínez Parras, el filantrópico y gran señor; al fin preguntamos de nuevo:

—Hemos oído hablar de aguas; ¿tienen algún proyecto sobre esto?

—Sí; nos venimos ocupando de aguas y alcantarillado.

—Es nuestro propósito coleccionar, canalizándolos los hilos de agua que abundan y se pierden, aprovechando la obra de los árabes reformada, el pueblo estará contento al ver los hilos del precioso líquido convertidos en fuentes.

En este punto de nuestra charla y mientras encendíamos el cigarro con que nos obsequió Don Juan, es anunciado y entra en la elegante estancia un hombre recio, fornido y se desarrolla el siguiente diálogo:

—«Venía, D. Juan, a ver si puedo ser guarda jurado».

—¿Ha solicitado entrar en el concurso?

—Es que hablé con el secretario y me dijo que hablase con Vd.

—«Eso se hacía antes; ahora yo no puedo ni quiero hacerlo, solicítelo Vd. y entrará en el concurso, igual que los demás».

El hombre recio y fornido, se aleja resignado, un poco triste, pero llevando la satisfacción de que se le hará justicia.

Reanudando una vez más nuestra charla con el Alcalde.

—Puede Vd. añadir que en los ocho meses que llevo he conseguido practicando liquidaciones pendientes desde hace 41 años a la fecha, un beneficio de más de 330.000 pesetas, cuyo capital dejó de producir los intereses oportunos, perjudicando a un pueblo por no haber practicado la liquidación a su debido tiempo.

—¿Cual es su mayor alegría?

—Esta que ve vivir rodeado de mi mujer y mis cinco pequeños.

—¿Qué edad tiene? Es Vd. muy joven.

—Tengo 33 años.

—Parece como si tuviera Vd. una pena, una tristeza.

—Es que siento la de mi pueblo, al ver que no podemos avanzar todo lo de prisa que queremos en el resurgimiento y florecimiento de Hellín.

Poco después estrechamos con afecto y admiración, la mano del filantrópico y gran señor, que está triste y lucha por amor a Hellín, el pueblo que supo honrarse al nombrarle paladín de sus anhelos confiándole sus destinos.

EL CABALLERO DE LA X.

El Libro Nuevo

Tiene para nosotros un libro nuevo un especial encanto.

Todo aficionado a las letras, aun cuando sólo lo sea a leer, siente un poco de emoción cuando acaricia entre sus manos un libro nuevo.

Tras la cubierta policromada, se encierra un misterio, tiene el atractivo de las primeras entrevistas con la novia, entre sus hojas sin rasgar, aún fresca la tinta, guarda las palpitaciones, las nobles inquietudes de un alma.

Si a esto unimos que el autor nos sea conocido, tenemos para él una sonrisa a manera de saludo al leer su nombre.

—
Es el primero de Tomás Borrás, lleva por título «Novelas» en sus páginas ha recopilado el autor, tan conocido y estimado, con su correcto estilo unas cuantas novelitas. En cada una de ellas ofrenda al lector una galana quimera, que tiene sabor de leyenda y fragancia de cuento, en la que luce su brillante fantasía, su cultura y la profundidad de su pensamiento.

«Novelas» es digno de la pluma que le dio vida.

—
Es el otro libro un tomo chiquitín; lleva por título «Pinceladas», su ropaje es modesto, suave y delicado el aroma de su contenido; es como un manojito de violetas.

Con frase humilde nos lo presenta modesto el autor Juan de Dios Aguilar Comez, que nos recibe a la entrada con un breve prólogo: «En sus páginas no se ha querido poner la avidez de una máxima, la profundidad de un pensamiento ni el sectarismo de una doctrina», apesar de ello máximas y pensamientos breves, y oportunas observaciones llenan sus páginas con su amenidad, gracia y belleza, sólo ha desaparecido de ellas la rígida aridez, el pretencioso aire doctoral de las ovejas máximas, todo en pinceladas es profundo y bello; vestido y ataviado con la sencillez de un buen estilo. Pinceladas, son eso, brochazos llenos de color y de vida.